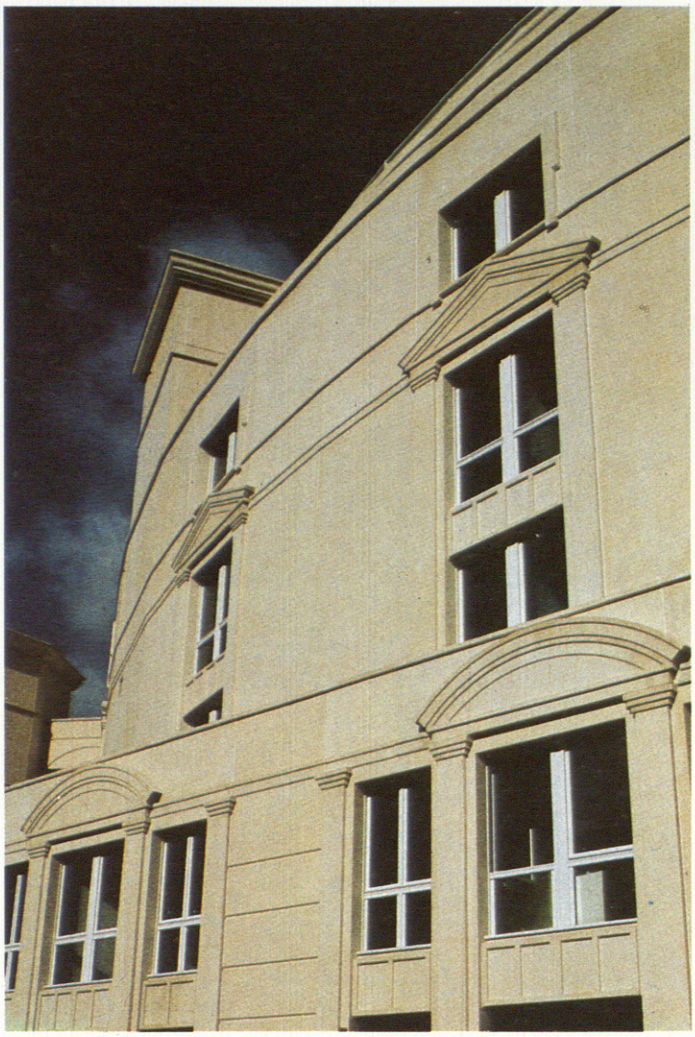

El otro día fui a presenciar un espectáculo de transformismo. En este caso el artista no se transformaba a sí mismo, sino que manipulaba un conjunto de piezas geométricas, como las que en el colegio construíamos con cartulina para las clases de cristalografía; agrupando las piezas de distintas maneras y revistiéndolas con detalles variados lograba simular edificios de todos los estilos.

El artista era sorprendente; del mismo modo hacía aparecer un edificio con cerramientos inclinados y rematado por chimeneas de formas caprichosas —que recordaba la arquitectura ondulante de la casa Milá, aunque todo estaba hecho con las piezas de caras planas—, como una agrupación de células de vivienda a diferentes alturas— que era como el hábitat de Montreal, pero que él llamaba "ciudad del espacio" y situaba en Moratalaz. Al principio los números me resultaron muy entretenidos, sobre todo aquél en que el conjunto de cubitos se transformaba en el bonito castillo encantado de Xanadú, o aquél en que simulaba una muralla laberíntica, toda pintada de rojo, o incluso aquél otro en que cuatro pirámides colocadas sobre otra pirámide mayor se retorcían y truncaban a distintas alturas en homenaje a Cataluña.

Al avanzar la función la cosa se fue haciendo menos divertida. Así, cuando el artista pretendía que una serie de cubos apilados fueran un conjunto residencial en el que la gente tenía que vivir feliz, a pesar del vértigo que sentía en los accesos y la claustrofobia de los interiores, porque eran el nuevo Walden. O cuando aparecía una iglesia románica, pero en la que los arcos fajones de la nave quedaban al aire, sin bóvedas que los cubriesen. O cuando quería hacernos ver con las piezas de siempre una catedral gótica, o incluso una mezquita de Bagdag.

Pero lo peor fue cuando el artista se empeñó en que le saliera todas las veces monumentos clásicos, con sus órdenes y todo. Pero ya no se sabía adonde iba a parar el juego, porque las piezas eran ahora pesados prefabricados de hormigón, y los elementos eran formas gigantescas sometidas a violentas deformaciones y rupturas, y a la gente se la hacía vivir dentro de las columnas, y lo que se quería hacer aparecer ahora como una villa de Palladio, o como un arco de triunfo, o como un anfiteatro, a escalas descomunales, era el típico bloque de apartamentos de una ciudad dormitorio; y no se veía ya qué sentido podía tener el tratar de que los edificios más corrientes se pareciesen a monumentos memorables de la arquitectura clásica, ni que esto se hiciera a costa de una manipulación tan desconsiderada de la sustancia de esa misma arquitectura. No se entendía esa pretendida trascendencia y solidez, y a la vez esa evidente falta de adecuación y de sumisión a las reglas del juego, ni siquiera a las de verosimilitud y ligereza que pide un espectáculo de transformismo.

Juan Antonio Cortés